Los Engaños Panamericanos

EL LINCE Y EL VENTRILOCUO

por R. Blanco-Fombona

Corre por ahí un libro, mediocre, por su literatura, dañino por su ideología. Este libro puede inducir en error a los españoles respecto a los problemas hispanoamericanos. Ya ha engañado al prologuista, conde de Romanones, a quien se cree un lince. ¿Qué no ocurrirá con menos ágiles lipedos, con lectores de inteligencia menos acrobática?

El conde de Romanones, como los palurdos que asisten al teatro de variedades, ha tomado por un ser vivo al muñeco parlante, y no comprende que por boca del fantoche quien habla es el ventrílocuo.

El ventrílocuo, en este caso, son los Estados Unidos. Ellos inspiran al autor lleva un nombre muy español, Hernández, y como es de Puerto Rico, Romanones creyó que oía la voz de América la que estaba escuchando. ¡Pobre lince ciido en el garlito y en el ridículo!

El medio ahora empleado por los Estados Unidos para su propaganda tergiversadora, que facilite el camino de su ávido y arrollado imperialismo, es uno de los medios usuales de su política. Conviene conocerlo para frustarlo.

Ellos, los lobos, gustan de disfrazarse de ovejas y escurrirse, desguisados de esa laya, entre los corderillos. A veces catequizan a algún inexperto estudiante de Hispano-América y le hacen escribir articulejos ingenuos y fervorosos en loanza de las universidades yanquis, o preconizar las delicias de la vida estudiantil en Yanquilandia.

Otras veces encargan — y seguramente pagan bien — a algún joven escritor estadunizado, estudios y semblanzas de poetas y ensayistas de Anglo-América. "Haga usted que los hispano-americanos nos juzguen como somos: bastante poetas, muy desinteresados, muy idealistas, con una generosidad a flor de espíritu, una lealtad a prueba de crisoles". Esa u otra por el estilo debe ser la consigna. Entonces aparece una Yanquilandia idílica, de cromo; y unos yanquis de alma pulquérrima y trajecito blanco, adolescentes de primera comunión. ¡Yanquis inocuos, yanquis puros, yanquis imposibles!

Otras veces sobornan a grandes diarios de Hispano-América por medio del anuncio. Los dólares del anuncio, por un mecanismo psicológico muy conocido, al caer en las gavetas del periódico, le melifican la voz, le predisponen al optimismo y le fuerzan a mover las manos en estrepitoso batir de palmas. Otras veces aparecen traducciones espontáneas de libros yanquis. El traductor, en el prólogo, expone su entusiasmo incontenible por la sociedad estadounidense y por la obra maestra que trasleza al castellano. Nadie sabe quién sopla aquel entusiasmo ni aquella edición.

Otras veces... La política yanqui es hábil y proteica.

* * *

Este libro revela un optimismo que no echarían por tierra ni las mayores catástrofes geológicas. Se cierne, luminoso, en alturas que dan vértigo, como las constelaciones.

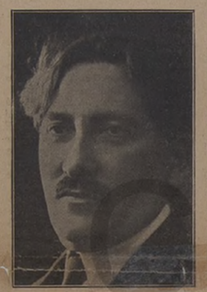
Que los yanquis excluyen el idioma castellano de Filipinas y lo substituyen con el inglés: "*estos idiomas*—escribe el autor—*no se excluyen el uno al otro, antes se completan a maravilla*" (Pág. 95.)

Que los yanquis echan a España de América y del Asia: "*la acción de España en América en nada es opuesta ni antipatética a la de los Estados Unidos*". (Pág. 96.)

Que en el Nuevo Mundo existe una sorda guerra a muerte entre la América sajona y la América latina; que los yanquis fundan ahora el pan-americanismo en contra de nuestro secular hispano-americanismo: "*yo creo con fe ciega que el pan-americanismo no es opuesto ni es discordante, ni en modo alguno repele al hispano-americanismo.*" (Pág. 38.)

Todo cuanto predican este libro y este autor es contrario a la ideología de la América hispánica. Cuanto propugna no es tampoco la sincera ideología yanqui—que refleja, en este punto, un vertiginoso desprecio por la cultura y los pueblos españoles—, sino una ideología yanqui *ad hoc*, lo que los yanquis dicen sin creer y quieren que nosotros — españoles de ambos mundos — creamos. Eso es lo que nos halan los yanquis cuando se hacen los corderos. ¿No vino a Madrid el profesor Shenherd a convercernos de que los Estados Unidos se consideraban un pueblo hispano-americano? Los españoles permanecieron mudos: han perdido la vena satírica de Quevedo y de Cervantes.

Ningún servicio mayor podría hacer a Yanquilandia un hombre de patronímico español, nacido en antigua tierra española y escribiendo en nuestra lengua que ha de convertirse en instrumento de esa palabrería ideología yanqui, disfrazándola de ideología hispano-americana.



R. BLANCO FOMBONA

Sólo que el exceso de celo y fervorismo ha sido fatal a este novel autor. Y, sin quererlo, se ha traicionado. ¿Que hispano-americano, digno de ese nombre, iba a escribir: "*me siento enaltecido pudiendo ostentar la ciudadanía de la gran república*"? (Página 63.) No; este yanqui de pega, este yanqui por derecho de conquista, este colono yanqui, no tiene nada de nosotros ni siquiera la política comprendernos. ¿En qué pueblo de la América republicana y libre, en qué pueblo de esa América boliviana que aprecia más la independencia que la misma libertad iba a poderse proclamar tal sandez: "*no puede aspirare por pueblo alguno a categoría política más excelente que la de ser Estado soberano de la gran República*"? (Pág. 61.)

Esto apenas puede escribirse — y no por todo el mundo — en países que no tienen orgullo histórico, en países cuya historia tiene las páginas en blanco, o cuya historia es la historia de sus dominadores extranjeros. En la América de lengua castellana no existen esos pueblos desgraciados, esas colonias que no han conocido ni los desórdenes ni la gloria de la libertad. Puerto Rico, no dudo, el autor de este libro original, es la única excepción. Allí se ha pasado del yugo de una potencia al yugo de otra potencia. Puerto Rico no puede representar ni representa el espíritu de la América libre. Sólo aquella porción de la Isla reacia al yugo podría representarla. (Y esa parte, para honor de Puerto Rico, es mayor de lo que se cree. Lo prueban las elecciones, que esa porción de la Isla, con el espíritu de Hispano-América, gana a yanquis y yanquizantes.)

Sólo puertorriqueños como Betances, como Hostos, como el mismo Jose de Diego, fieles a nuestra ideología, a nuestros dolores, a nuestras esperanzas; rebeldes a toda dominación extranjera, y mártires o campeones de la libertad, alcanzan autoridad y derecho para hablar a la América de Sucre, de Morelos, de Morazán, de Belgrano, de O'Higgins. Sólo hombres de ese calibre pueden mirarnos cara a cara. Sólo los que sepan proponer a nuestros problemas soluciones dignas de la libertad y de nuestra raza. Otros, no. otros que se contenten con lisonjear las concupiscencias de dominadores exóticos, ganar tristes laureles en esas campañas, cobrar sueldos y alcanzar puestos de relumbrón. No merecen. Pero Bolívar y San Martín los hubieran fusilado.

* * *

El conde de Romanones se entusiasma, en el prólogo, con este alevoso libro. El, o su amigo el periodista que le sirve de ninfa Egeria en semejantes aprietos. ¡Pobre entusiasmo de Romanones, o por Romanones suscrito! Y, sobre todo, ¡pobre España!

¡Qué carencia de hombres de Estado! Este Romanones — un águila para las menudencias de la politiquería casera y de corto radio — sufre gota serena inveterada ante los grandes problemas; se asfixia, asmático, en cuanto una idea necesita ascensión. Romanones se enorgullece, con orgullo de colegial que ha sabido la lección, por estar de acuerdo en algunos puntos con el autor de este libro yanquizante. Apoda a este pobre libro "huevo de águila", confundiendo un águila con un gorrión y un huevo de pájaro con un huevo de hormiga. "La política de España en América no es, ni puede ser, la de lucha con los Estados Unidos", dice Romanones. Tiene razón: ya conocemos los resultados de esa lucha, cuando la hubo.

No extraña que Romanones, dado su carácter, quiera tener un pie en la América del Norte y otro pie en la América del Sur. Pero España no puede estar al mismo tiempo — como Hernández — como Romanones — en un corazón con nuestra América, con Estados Unidos, con lo pasado, con lo futuro, con todo y con todos. Tiene que elegir. Tiene que seguir una orientación. Tiene que mostrar una política.

Y esa bien clara Romanones, que no se da, o finge no dar cuenta, y, con Romanones, digalo toda España: nosotros los hijos de la América latina, conocemos las fuerzas de cada pueblo y conocemos que lo primero, para cada pueblo, es vivir. No esperamos que España, por nuestros buenos ojos, se enfrente a los Estados Unidos. No esperamos imposibles. Pero esperamos que el nuevo progresivo acercamiento a España se debe exclusivamente a nuestro deliberado alejamiento de los Estados Unidos.

El que esté con los Estados Unidos está contra nosotros. Nada tenemos ni queremos de común con el yanqui. Nuestra vieja simpatía por Francia ha sufrido un empellón que la ha hecho rodar de bruces, porque hemos sorprendido a Francia de rodillas ante el tío Sam.

A España, si oyese a Romanones en sus coincidencias con Hernández, el yanqui de Puerto Rico, podría ocurrirle peor. Apenas empiezan a decenlas rojecer los cañones encendidos bajo las cenizas del hogar.

FLORENTINO AMEGHINO: La antigüedad del Hombre en el Plata.
Texto revisado y corregido por Alfredo I. Torcelli.
Tomo I. — Los indígenas de América, su antigüedad y origen. — Instrumentos de piedra de la pampa de Buenos Aires. Alfareros. Observaciones generales sobre los antiguedades indígenas. Un pueblo de los tiraniles. Antigüedades indias de la Banda Oriental. El hombre prehistórico en Patagonia y en el interior de la República. Epoca neolítica en la provincia de Buenos Aires.
1 vol. in-8, de 320 páginas ..... $ 2 %
Tomo II. — Formación terciaria. Formación pampeana. La formación pampeana: hipótesis sobre su origen y sobre el proceso de su formación. Los eólicos. Metamorfosis lisica del terreno pampeano. Cronología paleontológica. El hombre fósil en la Argentina. Su coexistencia con cuadrupedos extinguidos del pampeano. Epoca de los grandes lagos. Tiempos pampeanos modernos. El hombre de la época pampeana.
1 vol. in-8, de 310 páginas, con ilustraciones ..... $ 2 %

ARISTOBULO DEL VALLE: Oraciones Magistrales. Compilación y prólogo de ANIBAL F. LEGUIZAMON.
Oraciones fúnebres: Alberdi, Gran Mariscal Gelliéres, Domingo F. Sarmiento, Pedro Goyena. — Discursos en el Senado: Intervenciones, Cuestiones Ferroviarias, Revolución del Octubre, Mandamientos Civil, Ferrocarriles gubernativos, Escuelas del Sonado, Lotería de Beneficencia, Sucesos políticos de Corrientes, Organización de los Tribunales, El Estado y la Iglesia.
1 vol. in-8, de 300 páginas ..... $ 2 %

ARISTOBULO DEL VALLE: Discursos Políticos. Compilación de ANIBAL F. LEGUIZAMON.
Discursos en el Senado: Elección de Senador por la Capital, Ley de Imprenta, Obras de Salubridad, Banco Ibera, Matrimonio Civil, Ferrocarriles gubernativos, Situación política del país. — Discursos ministeriales: Intervención a las Provincias, Situación política del país. — Discurso Académico: Colonia de Grados en la Facultad de Derecho.
1 vol. in-8, de 300 páginas ..... $ 2 %

FLORENTINO AMEGHINO: Doctrinas y Descubrimientos.
Textos revisados y corregidos por ALFREDO J. TORCELLI.
SUMARIOS (Datos biográficos)— (Cuadro sinóptico precedido de una doctrina). Geología, Paleogeografía, Geocronología y Antropología de la República Argentina, en las diversas eras de la evolución terrestre — Paleontología Argentina — Antropología: El origen antropológico del hombre. Los restos fósiles del hombre y de sus precursores en el continente sudamericano — Credo Filosófico. — El universo y sus cuerpos infinitos. — El infinito sucesivo: la materia. Materia y movimiento — La materia y la vida — La evolución de las formas vivas — Las funciones psíquicas — La longevidad futura.
1 vol. in-16, de 266 páginas ..... $ 1 %

GREGORIO DE LAFERRERE: Las de Barranco. Los Invisibles.
Con prólogo de ENRIQUE GARCIA VELLOSO.
Sumario — Datos biográficos. — Memoria de García Velloso sobre el primer sarcoma de Laferrere en el teatro nacional.
Texto completo de "Las de Barranco".
Texto completo de "Los Invisibles".
1 vol. in-16, de 250 páginas ..... $ 1 %

JUAN B. AMBROSETTI: Supersticiones y Leyendas.
Con una introducción de SALVADOR DEBENEDETTI.
Folk-lore de la región; sembrados; supersticiones de encantamiento, de amor, de animales, tesoros, curanderos. Fantasmas de la región misionera. Leyendas de la región misionera.
Folk-lore de los valles calchaquíes; creencias religiosas, enfermedades, poéticas fúnebres, curanderos agrícolas y pecuarios, bálsimos de familia.
Folk-lore de las pampas; la región; supersticiones populares sobre animales, ventiscas conjuros, el caballo, signos poéticos, el hualliera, la lic mala.
1 vol. in-16, de 240 páginas ..... $ 1 %

La vergüenza póstuma de Rubén Darío

Cuestiones de moral literaria

por Salatiel Rosales

En peregrinación por la América Latina anda hoy una de las que fueran compañeras de Rubén Darío — y ahora su heredera testamentaria — buscando en las viejas colecciones de periódicos, crónicas y versos olvidados del maestro. Alguien dirá: esa señora Sánchez, llena de piadosa devoción literaria a la memoria del insigne poeta, recorre el continente en busca de aquellas joyas que se hayan quedado dispersas, para engarzarlas en la corona fulgente de su gloria. — Mas no es así. La heredera de Rubén Darío anda buscando y recogiendo con fines menos bellos y desinteresados toda la bazofia literaria del grande hombre. ¡Joyas desconocidas, dispersas, olvidadas? No existen. Darío, en vida, tuvo tiempo y el cuidado de seleccionar y publicar en sus libros de prosa y verso, lo mejor de su producción. Lo que quedó en las viejas colecciones de periódicos, si algo queda, es aquello que el grande hombre de letras desdeñó al hacer sus escogencias para los editores y también para su gloria.

Hoy, aparte del afán de lucro y de la avidez de una albacea, un criterio absurdo que priva entre el grupo de los más inconscientes admiradores de Rubén Darío, o *rubendaríofilas*, como ellos se llaman, ha llevado al ejecutor testamentario a la decisión esa de darnos en libros *todo* lo que brotó de la pluma de aquel genial artífice; ese criterio, nos parece, es el producto de esta lógica simplista: que siendo Darío un escritor de genio y un inmenso artista, todas sus obras, de prosa o verso, tienen que llevar ese sello aristocrático de la excelencia que caracteriza a sus más célebres poemas. Estas y otras cosas son posibles en nuestras Babias literarias.

Ese infantil criterio no merece siquiera la refutación. Se expone uno a parecer más banal que Monsieur Prudhomme. Pero en estos momentos en que se trata de recoger un diamante *todo* lo que escribió Rubén Darío, para ofrecerlo al público en una edición póstuma de sus obras, conviene erigirse en dómine y repetir aquí, a quienes lo han menester, unas verdades obvias y sencillas. Es asaz candoroso — por no decir idiota — creer que todo lo que sale de la pluma de los grandes escritores merece ser coleccionado y revivir en volúmenes a la posteridad. La historia literaria a los ejemplos de todos los días prueban, sin excepciones, lo contrario.

Esos grandes escritores, poetas o prosistas, a menudo escriben cosas que no están a la altura de su talento ni de su renombre. Digamos que hasta los genios escriben con frecuencia malparidas. Cuando el genio se ve insatisfecho de la forma y las necesidades de la vida no lo obligan a transigir con lo mediocre, desgarra sus manuscritos, como hacía Flaunert en Francia; cuando, no obstante ser un inestafecho, las viles urgencias del pan de cada día lo obligan a la maturbución de su cerebro, para dar alimento a los periódicos, al llegar la hora de hacer el volumen para la fama y la perduración, esos escritores, con gesto de soslayo desdén, repudian esos engendros espúreos que son la vergüenza de su vida literaria.

Pero en Babia, en el país de las Batuecas, parecen pensar de muy distinta manera.

Y es porque en las Batuecas tienen del genio o del simple talento literario un concepto demasiado absoluto. Ignoran que uno y otro son dos contingentes y condicionados como todas las cosas de la vida; ignoran que una mala nutrición y el estado de la temperatura pueden producir baja en el mejor intelecto creador; no saben que, como decía Pascal, el bordoneo de una mosca es suficiente, a veces, para dar al traste con la más soberbia meditación.

Llegamos ya al caso de los herederos testamentarios de Rubén Darío. La inconsciencia estética más chata (¡oh maestro!) en contubernio con un vil interés monetario, nos van a presentar algo así como un Rubén Darío con una vestidura de púrpura exornada de pingajos: la púrpura, ya la conocemos, está tejida con los maravillosos poemas de aquel artífice único; los pingajos, la diligencia de doña Francisca Sánchez se encarga en estos momentos de exhumarlos del polvo de los archivos para colgárselos en breve al maestro y echarlo por el mundo, a él que es un príncipe de la gloria, convertido casi en un personaje de opereta bufa nicaragüense.

Ya es tiempo que digamos a los herederos de Rubén Darío que no todo lo que brotó del cálamo de aquel maestro es digno de la inmortalidad. Tal consideramos, en primer término, lo que escribió en Centro-América, en las iniciaciones de su carrera literaria, antes de emprender el éxodo. Primero, en su tierra de Nicaragua, donde, apenas salido de la infancia, ya Darío componía madrigales galantes y cantos patrióticos que le valían, según él cuenta en sus *Memorias*, las congratulaciones de los hombres graves del poder. Después, en las repúblicas vecinas de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, odas a los presidentes de esas repúblicas, versos eróticos en loor de las Cintias tropicales y artículos políticos en los periódicos donde él se ganaba el sustento cotidiano.

Toda esa es una producción de tanteo; los artículos, provinciales, como los de cualquier pizpirero zascandil de la literatura; los versos, versos de principiantes, ingenuos y balbucientes, en los cuales no se habría podido adivinar el gran vuelo del pegaso que estaba por venir. Entonces Darío, el Darío fastuoso y pagano de *Azul* y *Prosas Profanas*, loaba a la caridad en versos cristianos de una candorosa estupidez.

RUBEN DARIO

Estas estrofas, que no revelan todavía al poderoso numen de su autor, nos hacen ver cómo éste fué ascendiendo en el hipogrifo hasta llegar a posarse en las más altas cimas de la poesía. El poeta peregrina y luego viene la producción de Chile y la Argentina; producción divinbola y prototíemos: el periodismo, monotauro insaciable, absorbe mucho de los excelsos dones del panida, pero, en los instantes de concentración, logra escribir cosas perdurables. De lo mejor de esa labor salieron *Abrojos, Azul, Los Raros* y *Prosas Profanas*. El maestro, según entendemos, al formar sus volúmenes, no sólo descartó una buena cantidad de lo que había publicado en dichos países, sino que más tarde, en el apogeo de su genio y de su gloria, se avergonzó y repudió al primero de esos libros, que era el primogénito de su musa, y que contenía versos de Centro-América. Y lo que no cuesta extrañeza a los *rubendaríofilas*. Es común en los grandes poetas de América desconocer al primogénito. Más tarde, José Santos Chocano, en una ostentosa declaración, rechazó una paternidad indudable. Sólo ciertos poetas menores hacen imposibles. Pereza y paternal de regocijare con todos los engendros de la musa.

Toda la vida literaria de Rubén Darío estuvo compartida por los versos y el periodismo. Llegado a la plenitud de su genio, sus poemas exquisitos eran de una belleza múltiple y dominadora. El periodismo, como a otros muchos, le robó a él mucha fuerza creadora, fuerza y esto: tiempo, que es el elemento precioso y vital de la creación. Como cronista europeo, hizo la belleza efímera de la crónica: la actualidad, hechos fugaces, pensares también fugaces. Dijo bellas palabras sobre cosas transitorias.

Su último avatar periodístico fué el de la revista *Mundial*, que se editó en París. Aquí escribió unos artículos literarios que él llamó *Cabezas*. En aquellos días, algunos folicularios extranjeros hablaban de la decadencia del maestro. *Cuando Rubén Darío tenía talento*—comenzaban algunos de ellos sus crónicas. ¿Decadencia? Quién sabe. Pero era indudable que Darío ya no tenía en su prosa literaria el mismo vigor, la misma riqueza y sumptuosidad de estilo que le conocíamos en *Los Raros* y otros libros de prosa. Esto se explica, desde luego, por la edad. Darío se acercaba a los cincuenta años, y no podía tener la frescura, el colorido ni la exuberancia de los impetuosos días de la juventud. Pero lo cierto es que en los artículos de *Cabezas* se notaba ya el empobrecimiento de la forma, cierto cansancio en el estilo y las ideas. Y la vejez, la vejez fisiológica, no debe significar cansancio espiritual en los grandes escritores. Sófocles escribía en la ancianidad sus admirables tragedias. Y Ernesto Renán, a los setenta años, cuando la obsidad canonjil apenas le permitía moverse, conservaba en su estilo aquella gracia coqueta y ondulante que fué el secreto de la fascinación que ejerció sobre los lectores de su tiempo. Pero *Cabezas* no fué todo en *Mundial*: hubo algo peor todavía, y fueron aquellos artículos dedicados a las repúblicas latinoamericanas. Darío, el poeta de los cisnes, el prosador de *Azul* y de *Los Raros* escribía o firmaba algunas monografías *sui generis* en que nos daba el censo y el catastro de nuestras Beocias. Hemos dicho, intencionalmente, que firmaba. La firma de Darío, en sus últimos tiempos, y si no mienten las versiones, cubrió cosas que no se incubaron en el cerebro de aquel escritor. Los escritos geográficos y pecuarios de *Mundial* diz que eran obra de uno de sus secretarios de Redacción. Algunas crónicas o correspondencias de Darío, publicadas en periódicos españoles y sudamericanos, eran perjeñadas por algún discípulo fiel y caritativo que permanecía a su lado, mientras el maestro se entregaba a sus grandes borracheras. Y en sus postreros días, cuando dejó París para irse a morir a Nicaragua, cuando como una noche leteica había caído ya sobre su mente creadora, uno de sus Cirineos literaturizantes aprovechaba su estado de inconsciencia y de abulia, y con fines de especulación lo hacía poner la firma preclara al pie de vulgares adefesios.

Rubén Darío conoció, naturalmente, esos pudores literarios propios de los grandes escritores. Una prueba de ello es el haber desconocido su primer libro y el haber desdeñado siempre su producción primeriza de Centro-América. Si más tarde consintió en hacer ediciones de libros de escritura periodística que nada añadían a su nombre, fué debido, sin duda, a sus propias necesidades materiales y a exigencias de los editores. Pero él sabía distinguir el grano de la paja. Su conciencia artística le decía cuál era lo firme y duradero en su obra, y cuál lo deleznable y transitorio. Nosotros estamos en el secreto de su producción poética, de sus intimidades de creador. Pero creemos que al igual que otros maestros del verso, Darío debe haber sacrificado en aras de la Belleza aquellos frutos poco favorecidos que le dieba el vientre de su musa. Rubén Darío buscaba la perfección:

La adusta perfección que me entrega...

No sólo la perfección de las formas, que tanto persiguieron los parnasianos, sino una entelequia más imponderable y exquisita todavía. Sólo él supo acaso de sus luchas para encontrar los versos absolutos y definitivos. Por eso, él, en vida, hay que proclamarlo muy alto, jamás se deshonró como poeta; sus primeros versos de la adolescencia, ya dijimos, no son malos, sino inexpertos y balbucientes; los poemas posteriores, los poemas de todo ese ciclo que va desde el *Anauhé* hasta el *Canto de la Paz*, tienen todos, en diverso grado, la maestría y el soplo de su potente numen.

Muerto Darío, lo que convenía para aquilatar su gloria, era hacer una edición selecta y definitiva de sus obras. Cargar una barca con los más depurados tesoros de aquel mago y confiarla a las vastas aguas del tiempo. En esa barca irian casi todos los versos que él dió a la estampa en vida, desde *Azul* hasta su último libro, y como uno o dos volúmenes en prosa. Lo demás, dejarlo piadosamente en el olvido.

Pero he aquí que lo contrario es lo que van a hacer los herederos testamentarios del poeta. Van a cargar la barca con todo lo que dejó el gran desaparecido. Van a poner, en absurda confusión, la paja con las espigas, los diamantes con los abalorios, la púrpura con los andrajos. Así, Rubén Darío, aquel público y orgulloso príncipe de la poesía, que soporta un león de piedra sobre su tumba, que ha sufrido ya tantas afrentas, tendrá esa última vergüenza póstuma de llegar a la posteridad cargado de cosas miseras y vergonzantes.

REVISTA DE FILOSOFIA
CULTURA — CIENCIAS — EDUCACIÓN
Publicación bimestral dirigida por
José Ingenieros y Aníbal Ponce
La más autorizada expresión del movimiento intelectual contemporáneo de la América Latina.
APARECE EN VOLUMEN DE 150 A 200 PÁGINAS
Suscripción anual en Sud América, $ 5.
Exterior, anual $ 5 oro
Administración: Sec. Editorial "La Cultura Argentina"
BELGRANO 475 BUENOS AIRES

Inquietud, Rebeldía, Perfección

por José Ingenieros

I. INQUIETUD

1. — *Rebelarse es afirmar la propia personalidad.* Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral, domesticidad en la acción. Todo esfuerzo por libertarse de esas coyundas es una expresión del espíritu de rebeldía.

La sociedad es enemiga de los que perturban sus "mentiras vitales". Frente a los hombres que le traen un nuevo mensaje, su primer gesto es hostil; olvida que necesita de esos grandes espíritus que, de tiempo en tiempo, desafían su encono, predicando "verdades vitales".

Todos los que renuevan y crean, son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y de las costumbres, no existiría posibilidad de progreso. Los espíritus rebeldes, siempre acusados de herejía, pueden consolarse pensando que también Cristo fué hereje contra la rutina, contra la ley y contra el dogma de su pueblo, como lo fueron antes Sócrates, como después lo fué Bruno. La rebeldía es la más alta disciplina del carácter, templa la fe, enseña a sufrir, poniendo en un mundo ideal la recompensa que es común destino de los grandes perseguidos: la humanidad venera sus nombres y no recuerda el de sus perseguidores.

Siempre ha existido, a no dudarlo, una conciencia moral de la humanidad, que da su sanción. Tarda a veces, cuando la registran los contemporáneos; pero llega siempre, y acrecentada por la perspectiva del tiempo, cuando la discierne la posteridad.

2. — *El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos.* Creencias que el tiempo ha transformado en supersticiones, siguen formando una atmósfera coercitiva que impide el desenvolvimiento de la cultura humana; en cada momento de la historia se yergue heroico contra ellas el espíritu de rebelión, que es crítica, libre examen, iconoclastía.

Atrincherarse en la tradición significa renunciar a la vida misma, cuya continuidad se desenvuelve en un constante devenir; a obedecencia al pasado cierra la inteligencia a toda verdad nueva, aparta de la felicidad todo elemento no previsto, niega la posibilidad misma de la perfección. Mantiene unido a los inferiores creados, en el orden moral, lo que es puramente material, significa renunciar al advenimiento de una humanidad moralmente mejor. ¿Por qué — se pregunta el filósofo— seguiremos bebiendo aguas estancadas en pantanos seculares, mientras la naturaleza nos ofrece en la veta de sus rocas el chorro de fuentes cristalinas, que pueden apagar nuestra sed infinita de saber y de amor? Los que se contentan con los dogmas consagrados por la tradición; las fuentes de roca son las fuerzas morales que siguen manando de nuestra naturaleza humana, inconstantes, eternas. Esas fuerzas rebeldes no han dejado de brotar nunca; viven, crean todavía cada vez mejores; renuncian a ellas, como quiere el tradicionalismo, es decir ¡alto! a la vida misma; es decir ¡no! a los futuros ideales de la humanidad.

El espíritu de rebeldía es la antítesis del dogma de obediencia, que induce a consolidar recomendable la sujeción de una voluntad humana a otras humanas voluntades. En ese inverosímil renunciamiento de la personalidad, la obediencia no es a un ser sobrenatural sino a otro hombre, al Superior; ilustres teólogos han dado de ella una explicación poco mística y muy utilitaria, mirándola como uno de los mayores descansos y consuelos, pues el que obedece no se equivoca nunca quedando el error a cargo del que manda. Este dogma lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral; el hombre se convierte en cosa irresponsable, es instrumento pasivo de quien lo maneja, sin opinión, sin criterio, sin iniciativa.

3. — *La rebeldía intelectual es eterna y creadora.* La leyenda bíblica personifica en Satanás al ángel denunciador de las debilidades y corrupciones de la humanidad; y es Satanás en la poesía moderna el símbolo más puro del libre examen, del derecho de crítica, de todo lo que significa conciencia rebelde a la conformidad previa del pensamiento humano.

JOSE INGENIEROS

No es admisible ninguna limitación al derecho de buscar nuevas fuentes que fertilicen la vida. Obra de inconformes rebeldía es descubrirlas, afirmarlas, aprovecharlas para el porvenir, impregnando la educación, ajustando a ellas progresivamente la conducta de los hombres. La sabiduría antigua, hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida para tomar de ella lo que sea compatible con las nuevas creencias que florecen incesantemente; pero acatarla como inflexible norma de la vida social vendría, conformándola con un término de llegada que estamos condenados a no sobrepasar, es una actitud absurda frente al eterno mudar de la naturaleza.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la política, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domésticos gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, enseñando a los demás que no son en los senderos que más tarde recorre la humanidad.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz.

II. REBELDIA

1. — *Rebelarse es afirmar la propia personalidad.* Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral, domesticidad en la acción. Todo esfuerzo por libertarse de esas coyundas es una expresión del espíritu de rebeldía.

La sociedad es enemiga de los que perturban sus "mentiras vitales". Frente a los hombres que le traen un nuevo mensaje, su primer gesto es hostil; olvida que necesita de esos grandes espíritus que, de tiempo en tiempo, desafían su encono, predicando "verdades vitales".

Todos los que renuevan y crean, son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y de las costumbres, no existiría posibilidad de progreso. Los espíritus rebeldes, siempre acusados de herejía, pueden consolarse pensando que también Cristo fué hereje contra la rutina, contra la ley y contra el dogma de su pueblo, como lo fueron antes Sócrates, como después lo fué Bruno. La rebeldía es la más alta disciplina del carácter, templa la fe, enseña a sufrir, poniendo en un mundo ideal la recompensa que es común destino de los grandes perseguidos: la humanidad venera sus nombres y no recuerda el de sus perseguidores.

Siempre ha existido, a no dudarlo, una conciencia moral de la humanidad, que da su sanción. Tarda a veces, cuando la registran los contemporáneos; pero llega siempre, y acrecentada por la perspectiva del tiempo, cuando la discierne la posteridad.

2. — *El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos.* Creencias que el tiempo ha transformado en supersticiones, siguen formando una atmósfera coercitiva que impide el desenvolvimiento de la cultura humana; en cada momento de la historia se yergue heroico contra ellas el espíritu de rebelión, que es crítica, libre examen, iconoclastía.

Atrincherarse en la tradición significa renunciar a la vida misma, cuya continuidad se desenvuelve en un constante devenir; a obedecencia al pasado cierra la inteligencia a toda verdad nueva, aparta de la felicidad todo elemento no previsto, niega la posibilidad misma de la perfección. Mantiene unido a los inferiores creados, en el orden moral, lo que es puramente material, significa renunciar al advenimiento de una humanidad moralmente mejor. ¿Por qué —se pregunta el filósofo— seguiremos bebiendo aguas estancadas en pantanos seculares, mientras la naturaleza nos ofrece en la veta de sus rocas el chorro de fuentes cristalinas, que pueden apagar nuestra sed infinita de saber y de amor? Los que se contentan con los dogmas consagrados por la tradición; las fuentes de roca son las fuerzas morales que siguen manando de nuestra naturaleza humana, inconstantes, eternas. Esas fuerzas rebeldes no han dejado de brotar nunca; viven, crean todavía cada vez mejores; renuncian a ellas, como quiere el tradicionalismo, es decir ¡alto! a la vida misma; es decir ¡no! a los futuros ideales de la humanidad.

El espíritu de rebeldía es la antítesis del dogma de obediencia, que induce a consolidar recomendable la sujeción de una voluntad humana a otras humanas voluntades. En ese inverosímil renunciamiento de la personalidad, la obediencia no es a un ser sobrenatural sino a otro hombre, al Superior; ilustres teólogos han dado de ella una explicación poco mística y muy utilitaria, mirándola como uno de los mayores descansos y consuelos, pues el que obedece no se equivoca nunca quedando el error a cargo del que manda. Este dogma lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral; el hombre se convierte en cosa irresponsable, es instrumento pasivo de quien lo maneja, sin opinión, sin criterio, sin iniciativa.

3. — *La rebeldía intelectual es eterna y creadora.* La leyenda bíblica personifica en Satanás al ángel denunciador de las debilidades y corrupciones de la humanidad; y es Satanás en la poesía moderna el símbolo más puro del libre examen, del derecho de crítica, de todo lo que significa conciencia rebelde a la conformidad previa del pensamiento humano.

No es admisible ninguna limitación al derecho de buscar nuevas fuentes que fertilicen la vida. Obra de inconformes rebeldía es descubrirlas, afirmarlas, aprovecharlas para el porvenir, impregnando la educación, ajustando a ellas progresivamente la conducta de los hombres. La sabiduría antigua, hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida para tomar de ella lo que sea compatible con las nuevas creencias que florecen incesantemente; pero acatarla como inflexible norma de la vida social vendría, conformándola con un término de llegada que estamos condenados a no sobrepasar, es una actitud absurda frente al eterno mudar de la naturaleza.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la política, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domésticos gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, enseñando a los demás que no son en los senderos que más tarde recorre la humanidad.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz.

III. PERFECCION

1. — *En todo lo que existe actúan fuerzas de perfección.* La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e inestables, en función del tiempo y del espacio. Nada puede permanecer invariable en un cosmos que incesantemente varía; cada elemento de lo inconmensurable varía para equilibrarse con todo lo variable que lo rodea, y en esa adecuación funcional a la harmonía del todo consiste la perfección de las partes. El sistema solar varía en función del universo; el planeta, en función del sol que lo conduce; la humanidad, en función del planeta que habita; el hombre, en función de la sociedad que constituye su mundo moral. La más imprecisa nebulosa, la estrella más brillante, las cordilleras y los océanos, el rebaño y la mariposa, los sentimientos y las ideas, lo que conocemos y lo que concebimos entre la vía láctea y el átomo, está en perpetua renovación y perfeccionamiento. La muerte misma es palingenesia renovadora: sólo nos parece quietud y estabilidad porque suspende funciones que, en una parte mínima de lo real, llamamos vida.

Cuando esa perfectibilidad incesante es inteligida por la mente humana, engendra creencias aproximativas acerca de la perfección venidera: se concibe como futuro lo mejor de lo presente, lo susceptible de variar en función de nuevas condiciones de equilibrio, lo que sobrevivirá selectivamente en formas siempre menos imperfectas. Los ideales son hipótesis de perfectibilidad, simples anticipaciones del eterno devenir.

Toda perfección en el mundo moral se concibe en función de la sociedad, sacudiendo la herrumbre del pasado, destazando los lazos del presente. Una visión de genio, un gesto de virtud, un acto de heroísmo, son perfecciones que se elevan sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de su época; no pueden pensarse sin inquietud, ni pueden actuarse sin rebeldía.

2. — *La perfectibilidad humana es privilegio de la juventud.* Solo puede concebir una futura adecuación funcional la mente plástica y sensible al devenir de la realidad: sólo en los jóvenes nace el sentimiento de perfección, como deseo que invita a crear y como esperanza que impulsa a obrar. El ambiente temprano de lo mejor dignifica el carácter y eleva la personalidad: la concepción meliorista de la vida social impide al joven acomodarse a los intereses creados y lo pone en tensión hacia el porvenir.

La perfectibilidad es educable, como todas